

586



A TODO GAS 25cts

JACK OAKIE W.C. FIELDS

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO.
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Grel. Española de Librería - Barbrá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI

APARECE LOS MARTES

NÚM 586

A TODO GAS

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gracioso actor americano

JACK OAKIE

Novelada por CLAUDIO L. ROBERT

Producción
de la invicta
m a r c a



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

REPARTO

| | |
|---------------------------------|---------------|
| El viajante de cepillos, Tweny. | JACK OAKIE |
| El Presidente de Klopstokia | W. C. Fields |
| Angela, hija del Presidente. | Susan Fleming |

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Los que que no sepan dónde está Klopstokia, deben buscarla en el mapa... y no la encontrarán. Pero no quiere decir esto que Klopstokia no exista, vaya si existe y esto le constaba al gran comerciante Baldwin, presidente de la Baldwin Brush Company, Inc. de Chicago, la fábrica de cepillos más importante de todos los Estados americanos, el cual no sólo había mandado allí a su mejor viajante, Tweny, sino que había ido él personalmente para supervisar las ventas y los pedidos que se habían contratado. La visita del gran Baldwin, hombre tan millonario que ya había perdido la cuenta de los millones que tenía, fué de pocos días y se disponía ya a partir de Klopstokia con su viajante, porque su presencia era indispensable en Los Angeles, donde con motivo de

la Olimpiada, la compañía cepillera ofrecía gran cantidad de premios en dólares contantes y sonantes, que se elevaban a varios millones.

—Señor Baldwin, el buque va a zarpar de un momento a otro, esperamos a que suba usted a bordo—dijo muy reverenciante un oficial del gran liniero trasatlántico que debía llevar a Baldwin a su patria.

—Imposible oficial — contestó Baldwin nervioso, no puedo partir sin mi viajante, pero no puede tardar ni dos minutos en llegar.

—Pero, señor Baldwin, si no viene ese joven...

—Sí, hombre, no ha de venir. Es el mejor viajante que tengo. Tiene una labia. No hay nadie como Tweny para vender cepillos. Con decirle que una vez vendió una partida enorme al trust de los basureros, para que éstos se cepillaran antes de ir a trabajar.

—Han transcurrido ya tres minutos.

—No sé — dijo Baldwin—, estoy bajo la impresión de que alguien me espía.

—No es posible. El espionaje está prohibido en Klopstokia.

Sea porque estuviera prohibido o lo que sea, la cuestión era que los pasos de Baldwin habían sido espiados durante los pocos días de su permanencia en la capital del país. Un hombre tuerto, con lengua capa y ancho som-



—No sé, dijo Baldwin, estoy bajo la impresión de que alguien me espía.

brero de alas, se había cuidado de seguirle siempre y había anotado todas las palabras que había podido oír. Ahora mismo en el muelle, escudado por las mil impedimentas que acostumbran a haber en tales sitios, estaba el espía tuerto procurando seguir la conversación de Baldwin con el oficial del vapor.

El viajante Tweny sabía perfectamente a que hora zarpaba el buque y con una maleta en cada mano iba corriendo como loco

por las calles de Klopstokia temiendo que su amo le estaría esperando. La carrera era vertiginosa y desconocedor de las vías céntricas se había introducido por varias callejuelas de las que no sabía cómo salir.

Al dar la vuelta en una esquina tropezó con tal violencia con una joven que iba en dirección contraria, que sin darse cuenta se encontraron ambos sentados en el suelo rodeados de los cepillos que habían salido de las maletas de Tweny.

A éste no le faltaban palabras cuando se hallaba ante un cliente inconquistable, pero era la primera vez que se encontraba sentado en el suelo mirando a la chica más bonita que había visto en su vida.

—¿Quién es usted?—balbució torpemente Tweny.

—Soy Klopstokiana cien por cien.

—Pues yo la adoro. No puedo remediarlo.

El se levantó y la ayudó a ella. Con uno de los innumerables cepillos que contenían las maletas la cepilló de arriba a bajo para reparar las averías que el polvo había dejado en su traje.

Instintivamente Tweny se encontró diciendo:

—Cepillos Baldwin, los mejores que existen. Mire usted que cerdas, ninguno mejor que los cepillos Baldwin americanos... No tienen rival en el mundo.

La joven le miraba extasiada. Era distinto de los muchachos de Klopstokia.

Una flecha disparada con mano certera se colocó entre la espalda y las rodillas de Tweny. Lanzó un grito de dolor; le había hecho daño de veras. Se repuso, arrancó la flecha y queriendo disimular dijo:

—¿Ha sido Cupido?

—No, ha sido mi hermanito Billy—contestó la Klopstokiana. Al mismo tiempo preguntó: ¿Quién es usted?

—Los cepillos Baldwin—repetía medio atontado Tweny.

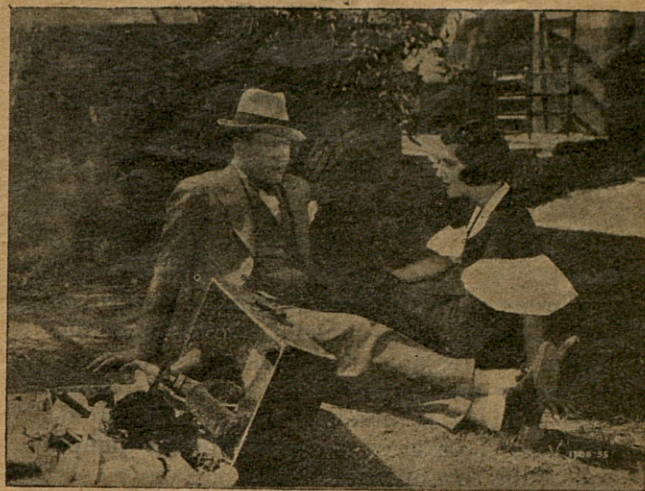
—¡Ah! Usted es un viajante de comercio—dijo la joven comprensivamente.

La adoro—repuso el viajante acompañando las palabras de un expresivo abrazo, que culminó en un beso.

Se trataba de un caso extraordinario, pues Tweny había viajado muchísimo y nunca había sentido el flechazo del amor como aquella tarde y se consideraba el hombre más feliz del mundo. El hermanito de la joven se había acercado al grupo que formaban su hermana y Tweny llevando consigo una bolsita llena de flechas, iguales a la con que había obsequiado a su futuro cuñado.

—¿Están envenenadas? — preguntó Tweny algo alarmado al ver aquel mocoso de unos ocho años cargado con tanta flecha.

—No siempre — dijo ella.



—¿Quién es usted?

No era tranquilizadora la noticia; pero la hermanita era tan guapa que bien se podía tolerar algunas flechas, aunque ya procuraría arrebátarselas en cuanto pudiera.

—¡Las cuatro y cuarto y mi jefe esperándome en el muelle! — exclamó estupefacto Tweny al ver como había pasado el tiempo.

—Corra, corra, un taxi. ¿No hay taxis en esta tierra? — dijo Tweny verdaderamente alarmado.

Al final de la calle apareció un coche, o

carroza, tirado por cuatro briosos caballos conducidos por un cochero, lacayo y un palafrenero en el estribo posterior. En la portezuela de la carroza se leía:

Departamento del Estado

Presidencia

Klopstokia

Tweny no reparó en ninguna de estas cosas. El sólo vió en aquello un vehículo que podía llevarle al muelle más aprisa que andando y mandando al cochero que parara hizo subir a la muchacha y al niño, colocándose él en el estribo posterior, al tiempo que daba esta orden:

—¡Al puerto! ¡A velocidad máxima!

En pocos minutos llegaron al muelle y al pie de la palanca todavía estaba el señor Baldwin esperando al viajante pródigo.

—Señor Baldwin — dijo Tweny con su aire optimista de buen viajante, ha llegado usted un poco tarde.

—¡Y usted llega despedido, Tweny!

—Imposible señor Baldwin, si usted supiera lo bonita que es...

—¿Pero cree usted que yo puedo perder el barco y llegar tarde a la Olimpiada?

—¡Es una preciosidad...!

—No puedo esperar ni un minuto más, piense que nuestra corporación proporciona

una fortuna al equipo victorioso y yo debo estar en Los Angeles.

—Señor Baldwin — dijo el oficial del buque, si el barco no sale inmediatamente, estalla una revolución a bordo.

—Yo me quedo—dijo Tweny—me propongo fomentar el deporte y además este país necesita cepillos.

BIBLIOTECA FILMS

la más escogida colección de
asuntos del Oeste Americano
y de emoción.

II

La conversación que Tweny había sostenido con su jefe, había sido lo suficiente larga para que desapareciera el coche de caballos, la muchacha y el hermanito. El desatino de Tweny era enorme y fué preguntando a todos los guardias por la joven misteriosamente desaparecida. Uno que parecía más inteligente y más dispuesto a escuchar le dijo que la señorita que había bajado del hermoso coche, llevaba el dulce nombre de Angela.

La información no era gran cosa, era sólo un dato al que Tweny se agarró como náutico a una tabla y recorrió de nuevo las calles de Klopstokia gritando:

—¡Angela! ¡Angela!

El asombro de Tweny fué grande al ver que todas las mujeres respondían al nombre de Angela. A pesar de este fracaso por exceso,

él continuó llamando a Angela esperando que de un momento a otro.

En el palacio presidencial no andaban las cosas demasiado bien. El Presidente, según confesión propia, no era hombre de gran inteligencia; pero en cuanto a fuerza física, no había descargador del muelle que le ganara y era gracias a esta fuerza que conservaba su posición. A primera hora de la mañana empezaba sus ejercicios gimnásticos que no dejaba hasta que el mayordomo entraba a anunciarle alguna audiencia o que los ministros estaban reunidos esperándole.

—Señor, señor — dijo el mayordomo sin que le hiciera caso.

El presidente seguía manejando los pesos sin atender para nada lo que le decía su criado. Por fin tiró los pesos al aire que por poco alcanzan al mayordomo, y preguntó:

—¿Hay muchos pedigueños hoy?

—Sólo veinticuatro, señor.

—Culpa de la crisis. Esto no es bastante entrenamiento para mí. Esos pesos son poca cosa.

—Señor, los ministros os esperan.

—Que esperen.

Hacía ya un buen ratito que estaban esperando aquellos señores, pero no perdían el tiempo. Mientras tanto conspiraban. El primer ministro odiaba al presidente. Tenía tan poca inteligencia como él y menos fuerza.

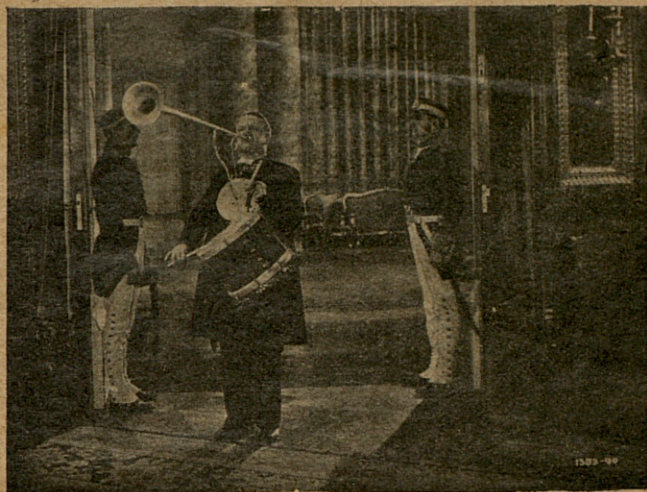
En Klopstokia la fuerza física se cotizaba mucho y todo el pueblo sabía que gracias a ésta conservaba el presidente su posición. La primera cosa que hacía el presidente al reunirse con el gabinete era probarse la fuerza con el primer ministro y hasta ahora siempre le había vencido, después de esta prueba se entraba a la orden del día. El primer ministro tenía la misma costumbre y antes de que llegara el presidente ya había comprobado que él (el primer ministro) tenía más fuerza que todos los demás. Así las cosas, no era de extrañar que aquel pueblo dirigido por gente que sólo tenían puños, andara de cabeza.

—Mientras aguardamos a nuestro querido presidente...el muy bandido... aseguremos nuestra posición — dijo el primer ministro, si el estado no puede sostener sus compromisos financieros, tendremos el control de las minas y seremos los amos.

Todos sus compañeros asintieron y daban la cosa por segura. Hicieron entrar a tres espías que tenían a sueldo y éstos les dieron cuenta de sus gestiones. Tenían el país en sus manos.

—La cosa será más fácil de lo que parece. El presidente, que es un idiota, nos tiene toda la confianza — continuó el primer ministro.

—¿Pero cuándo nos veremos libres de este



Apareció el Presidente tocando personalmente la marcha militar.

hombre? — preguntó el ministro de agricultura, que era tartamudo.

—Cuando haya alguien que sea más fuerte que él — dijo el ministro de la guerra.

—Eso será muy pronto — dijo el de marina.

—Día llegará en que pueda vencerle, — dijo el primer ministro dando un fuerte puñetazo encima la mesa.

Las notas de una marcha militar llegaron

a sus oídos e interrumpieron la peligrosa conversación. Se abrieron las puertas de la gran estancia donde estaban reunidos y apareció el presidente tocando personalmente la marcha militar con una formidable trompa, platillos y tambor. Complicado instrumental que había adoptado el presidente cuando por economía se vió obligado a suprimir la banda presidencial. Se despojó de los instrumentos, dió dos o tres pasos decididos hacia delante, una media vuelta y a probarse la fuerza con el primer ministro. Vencido como de costumbre, se sentaron todos y el presidente dijo:

—Señores, venga el juramento de fidelidad.

Los ministros lo dieron.

—Yo en cambio, os reitero mi confianza, pero al mismo tiempo que decía esto se aseguraba de que llevaba el revólver en el bolsillo.

—Señores, el país está falto de dinero — empezó el presidente —. Si no me traen ustedes dinero, lo sacaré de sus bolsillos.

El primer ministro intentó decir algo y al momento se levantó el presidente de su sillón. Se acercó a aquel hombre, su más próximo rival y exclamó:

—¡Abra esta boca! ¡Dientes de oro y esto en época de crisis! ¡Ya me lo podía figurar! Todos los ministros bajaron la cabeza y

el de los dientes de oro no se atrevió a abrir más la boca.

—Márchense ustedes a buscar dinero, esto es lo que hace falta. Largo de aquí todos...

No tenían ganas de quedarse, pues ya conocían al presidente y cuando se le hinchaban las narices era un huracán. Apesar de todo al llegar a la puerta el primer ministro dijo:

—Algún día...

—¿Qué? ¿Algún día? — preguntó el presidente, y como hiciera ademán de adelantar hacia ellos salieron rápidamente de allí por no complicar más las cosas.

El viajante Tweny, continuaba aún el día siguiente por las calles de Klopstokia llamando a Angela.

Paseando cerca de la casa presidencial, cuyo jardín era una maravilla, le pareció oír una voz conocida. La voz decía:

—¿Me ama? ¿Sí, no, quizá? ¿Me ama? ¿Sí, no, quizá?

Tweny se paró para cerciorarse de donde venía la voz y en este instante le alcanzó una flecha. No cabía duda alguna, por allí andaba el hermanito y Angela no podía estar muy lejos.

Sin vacilar más saltó el muro del jardín y se cayó al suelo. Angela que estaba a po-

cos pasos corrió hacia él y le ayudó a levantarse.

—He venido para decirle que la amo, no poco, ni quizá, la amo con pasión — dijo Tweny acompañando las palabras de un abrazo.

—¿Se ha hecho usted daño? — preguntó Angela inquieta.

—No, no ha sido nada, la caída natural, dada la altura del muro. Vamos a casarnos, Angela.

—Tienes que pedirle la mano a papá. Es la costumbre del país.

—¡Obedezcamos la costumbre del país! ¿Dónde está tu padre?

—Mi padre es el presidente de Klopstokia — dijo Angela no sin cierto orgullo —, pero tiene un genio atroz.

Cruzaron el jardín, penetraron en el palacio, un salón tras otro, hasta llegar a la antesala del presidente. El momento fué inoportuno, pues acababa de penetrar la nueva guardia presidencial y como de costumbre al probarles la fuerza el presidente, salían todos knock-out.

—Papá es vivo de genio — dijo Angela para atenuar el efecto que aquella escena pudiera producir en su pretendiente.

—¡Mi madre! — se limitó a decir Tweny. Cuando salió el último pretendiente a

guardia presidencial, Angela y su novio entraron en la habitación.

—Presidente, puedo ganarle a su hija en un *round*.

—Imposible, joven; la constitución de Klopstokia me prohíbe boxear con hombres de menos de cien kilos.

Sin más comentarios el presidente se dirigió al cuadro de timbres y pulsó uno que decía: "Pretendientes de mi hija".

A los pocos momentos entraron seis soldados y se llevaron preso a Tweny.

III

—Papá, ¿supongo que no le harán ningún daño?

—¡No! ¡No le matarán hasta dentro de dos horas?

—Papá, yo amo a ese hombre. ¡Es el único que he amado en mi vida! Papá...

Se abrió la puerta y entró el primer ministro seguido de todo el gabinete.

—¿Traen ustedes el dinero? — preguntó el presidente frunciendo el ceño.

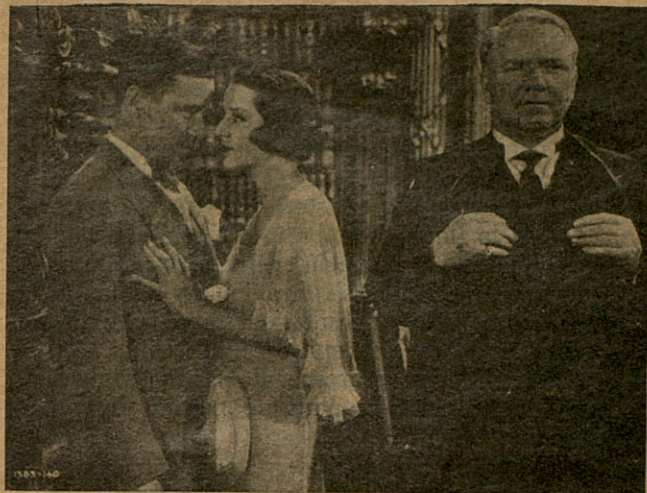
—Traemos algo más importante. ¡Un ultimátum!

—No me interesa, pueden llevárselo.

—Le invitamos a que deje el poder en nuestras manos...

—¡Déjenme en paz!

El tono era definitivo y el gobierno comprendió que no podían provocar más a su presidente. De un momento a otro estallaría



—¿Qué te ocurre? Has hecho una voz muy rara.

aquel hombre y nadie podía prever las consecuencias. Los ministros se retiraron a conspirar. Se puede decir que casi no hacían otra cosa.

—¡La caja vacía! ¡Yo casi derrotado! ¡Qué época, señor? — gruñó el presidente al quedar sólo con su hija y paseando arriba y abajo del salón como león enjaulado.

—Papá, seguramente le harán daño — gimió Angela.

—Es que no hay nadie que pueda sacarme del apuro — continuaba el padre sin parar oídos a lo que decía su hija.

—Papá, me parece que tengo al hombre que necesitas. Es una ardilla y muy inteligente.

—¿Cómo se llama este hombre?

—Yo le llamo "Amor mío", está allí con los soldados — y Angela acercó a su padre al balcón desde donde se veía a Tweny hablando con los soldados, a quienes estaba haciendo propaganda de los cepillos Baldwin.

El presidente se acercó al balcón, rompió uno de los cristales para no perder tiempo abriendo y gritó:

—¡Amor mío!

Tweny oyó el grito y no se hizo rogar; en dos zancadas ganó el salón y acercándose a su novia le dijo:

—¿Qué te ocurre? Has hecho una voz muy rara. Nos casaremos dentro de un minuto.

—¡Cuánto tiempo! — exclamó Angela —, nunca me han gustado los noviazgos largos.

El presidente no atendía el diálogo de su hija y el pretendiente, su cabeza andaba en busca de una solución para los mil conflictos en que se hallaba.

—Joven, le nombro a usted consejero particular y si me saca del apuro en que me encuentro le concederé la mano de mi hija y si no... le retorceré el pescuezo.

La propuesta no era halagadora; pero Tweny era un optimista.

—¿De qué se trata? — preguntó asumiendo un aire comercial.

—Es preciso buscar ocho millones de dólares. Como usted ha podido observar yo soy hombre de gran fuerza muscular, pero tengo pocas ideas.

—Señor presidente, si suprimieran ustedes los ceros de estos dólares que necesitan, la cosa no ofrecería tantas dificultades — dijo Tweny.

—Hombre, precisamente los ceros es lo único que tenemos, lo que me inquieta es el ocho.

Tweny quedó pensativo unos momentos, en realidad sin saber qué contestar.

—Aprisa, resuelva algo que me estoy impacientando y cuando me impaciento mi fuerza aumenta de una manera enorme — dijo el presidente, y cogiendo una caja de caudales de regular tamaño que había allí la levantó y dejó caer al suelo dejándola muy mal parada.

—Tengo la solución — gritó Tweny entusiasmado —, se viene usted conmigo a Los Angeles y tome parte en las Olimpiadas. Con esta fuerza extraordinaria se llevará usted el campeonato y cobrará los millones que ofrece Baldwin, la fábrica de cepillos más importante del mundo.

—Yo sólo conseguiría poca cosa, deberíamos formar todo un equipo de atletas.

—¡Hay corredores en Klopstokia?

—Hay cobradores de arbitrios.

—Entonces forzosamente debe haber corredores. Deje usted el asunto en mis manos. Recorrerá Klopstokia de cabo a cabo y formaré un equipo que barrerá materialmente todos los premios de la Olimpiada para Klopstokia y así asegurará usted el porvenir de su patria.

El entusiasmo de padre e hija igualaba al de Tweny y enseguida empezaron los preparativos para reunir los atletas.

En Klopstokia el espionaje estaba prohibido; pero se ejercitaba y la conversación que acababa de tener Tweny con el presidente había sido escuchado por el famoso espía tuerto, el más vivo de todo el país, y al poco rato ya la conocía el primer ministro y todos los demás.

IV

Sabidas las intenciones del presidente y Tweny los ministros se reunieron en una cueva, en medio de un bosque y todos estuvieron de acuerdo en que era necesario desembarazarse del americano vendedor de cepillos.

—Mata Machry, la vampiresa, nos ayudará — dijo el primer ministro.

—¿Quién es esa mujer? — preguntaron los demás a coro.

—Mata Machry es la mujer a quien ningún hombre puede resistir. Iré a verla.

—Todos iremos a verla — respondieron los ministros a la vez.

Esta conversación, por una pura casualidad, la habían oído Angela y Tweny que a la sazón paseaban por el bosque y sin querer se encontraron en la puerta de la cueva, sin que los conspiradores les vieran, afortunadamente para ellos.

—Te quieren matar — dijo Angela en voz muy queda—. ¿Estás temblando?

—Tiemblo de ira. Vamos.

Mientras tanto en el palacio presidencial el presidente había tomado todas sus medidas para marchar lo más pronto posible hacia las Olimpiadas y llamando a su mayordomo le dió una carta para que la entregara a Tweny.

—¿Dónde podré encontrar al consejero particular? — preguntó el mayordomo.

—Vaya una pregunta. Si no está a mi lado, estará al lado de mi hija. No vaya vestido de uniforme. Póngase esto, lo uso yo cuando no quiero que me conozcan.

El presidente entregó a su criado una especie de camiseta que terminaba con una cabeza de cabra, muy similar a las que se ven durante el carnaval en todos los países. El mayordomo, que corría como un gamo, partió veloz hacia el bosque hasta dar con los novios. Estos no vieron más que un animal extraño que se dirigía hacia ellos y empezaron a correr. El mayordomo detrás. Llegaron junto al río, donde había una gasolinera anclada y Tweny hizo subir a ella a Angela, y poniéndola en marcha ganaron la otra orilla. Allí, sentado en un terraplén estaba el mayordomo esperándoles. Se había quitado la cabezota de cabra y naturalmente le reconocieron y no podían tenerse de risa.

—¿Hace mucho que nos espera?

—Unos diez minutos.

—¡Qué hombre! ¡Es usted un corredor formidable!

—Este terreno es muy accidentado y no puedo desarrollar toda la velocidad de que soy capaz. Tome usted, señor, de parte del presidente.

Se trataba de este simple recado escrito a toda prisa:

“Querido “Amor mío”: (el presidente no sabía ni le interesaba el nombre de su futuro yerno): ¿Has formado ya el equipo olímpico? “Saldremos para América el martes.

”*Presidente.*”

—Voy a darle la respuesta por carta y usted la llevará. ¿Tardará mucho?

—Unos veinticinco minutos.

Tweny escribió su respuesta al otro lado del papel y rezaba así:

“Querido Presidente:

“El portador es el futuro campeón pedestre.

“No le pierda de vista hasta que zarpemos.

”*Amor mío.*”

Los ministros habían visitado a Mata Machry y ésta se puso incondicionalmente a sus órdenes. El servicio de espionaje la tenía enterada de todo y ella, que era una llama viva, suponiendo que el corazón de los hombres que formaran el equipo Olímpico del presi-

dente no serían de amianto, iría con los ministros a América y durante el viaje procuraría desmoralizar al equipo y la victoria sería para el otro grupo que presididos por el primer ministro iba también a Los Angeles a derrotar a sus compatriotas.

El arreglo estaba hecho y el martes siguiente un centenar de Klopstokianos salía rumbo a Los Angeles. Durante la travesía Tweny cantaba a Angela la canción de amor de Klopstokia, que dice: "Pu gubel gip, gip bugel bup".

V

La vida a bordo tenía sus encantos, pero los equipos rivales se amargaban la vida, y Mata Machry no dejaba vivir a los futuros campeones, incluso se atrevía con Tweny; ahora que éste la resistía admirablemente.

Una vez en Nueva York tomaron el mismo tren que debía conducirles a Los Angeles. En el expreso la atmósfera se hizo un

poco pesada, pues Mata Machry redobló su campaña desmoralizadora entre el equipo del presidente y todos esperaban llegar a Los Angeles para poder entrevistarse más íntimamente con la vampiresa. En la expedición del Presidente no faltaba el pequeño Billy, que se cuidaba de fastidiar a todos con las benditas flechas.

Al cuarto día de viaje el tren llegó a término y ¡horror!, llegaron a San Francisco de California en lugar de a Los Angeles. Los empleados del ferrocarril no se explicaban semejante cosa. Aquel tren debía estar en Los Angeles y ¿qué hacía allí?

En cuarenta años no había ocurrido un error semejante; nadie se lo podía explicar y a buscar la explicación fueron al maquinista. En el sitio del maquinista había el pequeño Billy.

—¿Pero dónde está el maquinista? —gritó el jefe de estación, al ver aquel mocoso en la locomotora.

—¡Me deshice de él en Kansás City!—respondió muy severo Billy.

No podían perder tiempo; era cuestión de llegar a Los Angeles cuanto antes, y tomando coches y taxis para que les condujeran a un campo de aviación, los equipos atléticos de Klopstokia llegaron a Los Angeles por vía aérea y a tiempo para tomar parte en las competiciones.

—Aquella noche, no obstante, Mata Machry había tomado sus precauciones y tenía citado todo el equipo del presidente en un cabaret de moda, sin que uno lo supiera del otro. Eran cerca las diez de la noche y a medida que iban llegando los klopstokianos presidenciales y se reconocían, temían algo extraño. ¿Serían objeto de una burla?

Mata Machry, vestida con un abrigo de lentejuelas plateadas, que terminaba en el cuello con dos soberbios zorros blancos, apareció en el vestíbulo. Los klopstokianos se levantaron como empujados por un resorte y corrieron a rodearla.

—¡Al fin solos! — exclamó la muy vampirisa—. No sé a cuál de vosotros amo con más pasión!

Ante aquella burla infame, los hombres burlados o traicionados empezaron a golpear-se y luchar. A los pocos minutos el cabaret presentaba el aspecto de un campo después de la batalla. No había un klopstokiano sin algún mamporro. Mata Machry se había retirado y lo explicaba así al primer ministro:

—La moral del equipo contrario está por los suelos. Tal como les he dejado, mañana no podrán presentarse al campo. Vuestro equipo vencerá y serás presidente Klopstokia.

—Mata Machry, no tienes precio — dijo agradecido el primer ministro, besándole la mano.

—Ya lo creo que tengo precio, y muy subido.

La tarde del día siguiente era la inauguración de los Juegos Olímpicos. El equipo presidencial era un almacén de algodón y esparadrapo. Lo peor de todo era su estado de ánimo; no podían olvidar la jugada que les había hecho la vampira.

Angela tomó cartas en el asunto y dirigiéndose rápida como una centella a donde estaba Mata Machry, la cogió por el brazo y le dijo:

—Venid conmigo y decir a todos aquellos idiotas que no les amáis, que les habéis tomado el pelo.

—No iré—dijo la mala mujer.

Angela era, además de una muchacha muy bonita, una excelente nadadora, y como buena hija de su padre, tenía una fuerza formidable; era valiente y decidida.

—Vendréis conmigo o os costará caro— insistió Angela.

—He dicho que no iré y no voy — repuso Mata Machry, y acompañó las palabras de un bofetón.

Indudablemente no conocía a Angela. La respuesta de ésta no se hizo esperar, y cruzándole la cara con un par de bofetadas bien dirigidas, dejó a la vampirisa medio *groggy*.

—Ahora me parece que vendrás, ¿eh? De lo contrario te propino un par más y te que-



—No amo a ninguno de vosotros. Os desprecio a todos.

das sin poder vampirizar a ningún hombre más en quince días.

La resistencia era inútil; pero aun intentó huir. Angela le corrió detrás como una flecha. Mata Machry se dirigió a la piscina, donde estaban llevando a cabo las pruebas femeninas de natación.

—No me importa que subas aquí; estoy tan preparada como puedas estarlo tú—dijo Angela.

Ambas mujeres se despojaron del vestido de calle, debajo del cual llevaban el bañador, y ¡zas!, al agua. Mata Machry dió un salto magnífico, pero mejor lo dió Angela y se llevó el campeonato para Klopstokia. La vampira, completamente vencida, se dejó conducir por Angela a donde estaba el equipo presidencial medio muerto. Al ver a Mata Machry se levantaron airados y ella, con su peculiar aire insolente les dijo:

—No amo a ninguno de vosotros; os desprecio a todos.

Twenny aprovechó el momento:

—Muchachos, lo veis. Reaccionad, por la patria, por Klopstokia, a ganar todos los premios.

El efecto no pudo ser más rápido. Todos salieron al campo corriendo y empezaron a acaparar premios.

El equipo del primer ministro estaba totalmente derrotado. Faltaba la última prueba. El campeonato de peso que debían disputar el presidente y el primer ministro. Este no estaba del todo mal preparado y levantó los 700 kilos tan ligeramente como su rival. Lo mismo ocurrió con los 800 y 900. Llegaba el peso de 1.000.

—Mata Machry —decía el ministro—, dame ánimos; con este peso no puedo.

Mata Machry danzaba un baile árabe para animar a su amigo. Inútil; los 1.000 kilos

eran demasiados kilos. Se dió por vencido. De no levantar el presidente los 1.000 kilos quedaban empatados.

—Esto no puede ser — dijo Tweny—; vamos, presidente, levante usted el peso; si no lo hace me reiré de los klopstokianos.

—Hazle enfadar — dijo Angela—; es la manera de que papá saque la fuerza.

A Tweny se le ocurrió pisarle un callo. Milagro. El presidente se enfureció, cogió el peso de 1.000 kilos, lo levantó a buena altura y lo arrojó con el afán de alcanzar a Tweny con él.

Todos los mejores premios fueron para Klopstokia y con los millones de Baldwin salvaron a su patria.

—Tweny — dijo el señor Baldwin, que había asistido a las pruebas—, pídemelo que quieras por haber traído un equipo tan bien preparado.

—Sólo necesito dos dólares para sacar la licencia de casamiento.

FIN

031BFI (586)

SELECCIÓN FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel

couché-Portada a todo color-50 céntimos

| | |
|---------------------------------|-------------------------|
| AVE DEL PARAISO | Dolores del Río. |
| BOMBAS EN MONTECARLO | Kathe de Nagy. |
| EL PRINCIPE DE ARCADIA | Liane Haid. |
| LA INSACIABLE | Carole Lombard. |
| EL VENCEDOR | Jean Murat. |
| EL TIGRE DEL MAR NEGRO | George Bancroft. |
| TENTACION | Joel Mac Crea. |
| ESTUPEFACIENTES | Jean Murat. |
| EL HECHIZO DE HUNGRIA | Gustav Froelich. |
| EL MALVADO ZAROFF | Fay Wray. |
| EL GRAN DOMADOR | Anita Page. |
| LA MUJER DESNUDA | Florelle. |
| NOCHE DE GRAN CIUDAD | Jacqueline Francell. |
| VERONICA (La florista) | Franziska Gaal. |
| LUCES DEL BOSFORO | Gustav Froelich. |
| PAPRIKA (Granito de sal) | Franziska Gaal. |
| ESPIAS EN ACCION | Brigitte Helm. |
| VIAJE DE IDA | William Powell. |
| LOS NIBELUNGOS | Paul Richter. |
| HOY O NUNCA | Jean Kiepura. |
| EL DIAMANTE ORLOW | Ivan Petrovich. |
| EL ZAREWITSCH | Martha Eggerth. |
| SAGRARIO | Ramón Pereda. |
| QUICK MI CLOWN | Lillian Garvey. |
| AEROPUERTO CENTRAL | Richard Barthelmes. |
| DOBLE SACRIFICIO | John Barrymore. |
| CASADOS Y FELICES | Henry Garat. |
| EL PEQUEÑO GIGANTE | Edward G. Robinson. |
| TARASOVA | Tarasova - I. Chuvelev. |
| RUMBO AL CANADA | Albert Prejean. |
| QUE SEMANA | Adolphe Menjou. |
| ESCANDALOS ROMANOS | Middle Cantor. |
| SATANAS | Boris Karloff. |
| EL MODO DE AMAR | Maurice Chevalier. |
| ILUSIONES DE GRAN DAMA | Kate de Nagy. |
| UN CRIMEN EN LA NOCHE | Madeleine Soria. |
| MASCARADA | Paula Vessely. |
| EL ARRABAL | Wallace Beery. |
| DESFILE DE PRIMAVERA | Franziska Gaal. |
| EL TREN DE LAS 8.47 | Acuaviva-Alady. |
| MIA SERAS | Mae Clarke. |

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Propaganda

